

*maligno*. Su rígida devoción y los principios más severos contenían sus crueles sufrimientos en los misterios de la vida privada. Todas las noches, al quedar sola, pensaba en su juventud perdida, en su frescura marchita y en los deseos de la naturaleza engañada, é inmolando al pie de la cruz sus pasiones, poesías condenadas á quedar en cartera, se prometía, si por casualidad se presentaba un hombre de buena voluntad, no someterle á ninguna prueba y aceptarle tal cual fuese. Sondando sus buenas disposiciones durante ciertas noches más ásperas que las demás, llegaba hasta á casarse con el pensamiento con algún subteniente fumador á quien se proponía convertir á fuerza de cuidados, de complacencias y cariño, en el mejor sujeto de la tierra, y exaltándose aún más, llegaba hasta á admitirle plagado de deudas. Pero era preciso el silencio de la noche para estos matrimonios fantásticos, en los que ella se complacía en desempeñar el sublime papel de ángel guardián, pues al día siguiente si Petra encontraba la cama de su ama sin orden ni concierto, la señorita había recobrado su dignidad, y después de almorzar no se contentaba á no ser con un hombre de cuarenta años, propietario, bien conservado y casi joven.

El abate Sponde era incapaz de ayudar á su sobrina en sus maniobras matrimoniales. Este buen hombre, que contaba ya setenta años, atribuía los desastres de la revolución francesa á algún designio de la Providencia, deseosa de castigar á una Iglesia disoluta. El abate Sponde había tomado, pues, ese sendero, abandonado hace ya mucho, y que frecuentaban antaño los solitarios para ir al cielo; hacía una vida ascética, sin énfasis y sin aparato exterior, ocultaba al mundo sus obras de caridad y sus continuas plegarias y mortificaciones, opinaba que los sacerdotes debían obrar todos de aquel modo durante la tormenta y predicaba con el ejemplo. Al mismo tiempo que ofrecía al mundo un rostro tranquilo y risueño, el sacerdote acabó por librarse por completo de los intereses mundanos; pensaba exclusivamente en los desgraciados, en las necesidades de la Iglesia y en su propia salvación, y había dejado la administración de sus bienes á su sobrina, la cual le entregaba sus rentas y á la que pagaba él una módica pensión, á fin de poder gastar el resto en limosnas secretas y en donativos á la Iglesia. Todos los afectos del abate se habían concentrado en su sobrina, que le consideraba como un padre; pero el buen cura resultaba un

padre distraído, que no concebía las agitaciones de la carne y que daba gracias á Dios porque mantenía á su querida hija en el celibato, pues desde su juventud había adoptado el sistema de San Juan Crisóstomo, que escribió que *el estado de virginidad estaba tan por encima del estado de matrimonio, como está el ángel sobre el hombre*. Acostumbrada á respetar á su tío, la señorita Cormón no se atrevía á manifestarle los deseos que sentía de cambiar de estado. Por otra parte, el buen hombre, acostumbrado como estaba al manejo de la casa, no habría visto con buenos ojos la intrusión de un nuevo amo. Preocupado con las miserias que aliviaba y perdido en los abismos de la plegaria, el abate Sponde, poco hablador, afable y benévolo, sufría á veces distracciones que las gentes que le trataban tomaban por chochez. El abate era de elevada estatura, seco, de maneras graves y solemnes, y con una cara que denotaba sentimientos dulces, una gran calma interior, y que, con su presencia, imprimía á aquella casa una santa autoridad. Quería mucho al volteriano caballero de Valois, y estos dos majestuosos despojos de la nobleza y del clero, aunque de costumbres diferentes, se reconocían por sus rasgos naturales. Por otra parte, el caballero se mostraba tan amable con el abate Sponde, como fraternal con sus jóvenes vecinas.

Algunas personas podrían creer que la señorita Cormón buscaba todos los medios de lograr su objeto, y que, entre los legítimos artificios permitidos á las mujeres, ella echaría mano del lujo, se escotaría y desplegaría las coqueterías negativas de su sexo. ¡Pero nada de esto! Rosa se mantenía heroica é inmóvil en sus trece, como un soldado en su garita. Sus ropas, sus sombreros, todos sus efectos se confeccionaban en casa de las modistas de Alençon, dos hermanas jorobadas que no carecían de gusto. No obstante las instancias de estas dos artistas, la señorita Cormón se negaba á emplear los engaños de la elegancia, y quería ser modesta en todo. Búrlase quien quiera de la pobre soltera; pero vosotras, almas generosas que no os preocupáis nunca de la forma que toma el sentimiento y que la admiráis donde existe, la encontraréis sublime. Al llegar á esta parte de nuestro relato, no faltarán mujeres ligeras que intentarán tal vez destruir la verosimilitud de esta narración; que dirán que no existe en Francia ninguna soltera bastante estúpida para ignorar el arte de pescar un hombre; que la señorita

Cormón es una de esas excepciones monstruosas que el buen sentido prohíbe presentar como tipo, y que la soltera más virtuosa y más necia que quiera atrapar un marido encuentra siempre cebo para ocultar el anzuelo. Pero estas críticas quedan anuladas si se tiene en cuenta que la sublime religión católica, apostólica y romana se mantiene aún firme en Bretaña y en el antiguo ducado de Alençon. La fe y la piedad no admiten estas sutilezas. La señorita Cormón marchaba por la senda de la salvación, prefiriendo las desgracias de su virginidad excesivamente prolongada á la desgracia de una mentira, al pecado de una astucia. En una muchacha armada de tal disciplina, la virtud no podía transigir. Además, tengamos el valor de hacer una observación cruel en un tiempo en que la religión sólo es considerada como un medio por unos, y como una poesía por otros. La devoción causa una oftalmía moral. Mediante una gracia primordial, quita á las almas que se encaminan á la eternidad la presencia de muchas pequeñeces terrestres. En una palabra, los devotos son estúpidos desde muchos puntos de vista. Esta estupidez prueba, por otra parte, la fuerza con que ellos fijan su alma en las esferas celestiales, aunque el volteriano señor de Valois afirmase que es sumamente difícil decidir si las personas estúpidas se hacen naturalmente devotas, ó si la devoción da por resultado el volver estúpidas á las muchachas de talento. ¡Pensad bien en ello! la virtud católica más pura, con sus amorosas aceptaciones de todo cáliz, con su piadosa sumisión á las órdenes de Dios, con su creencia en la huella del dedo de Dios impreso en todas las fases de la vida, es la misteriosa luz que se deslizará en los últimos pliegues de esta historia para darle todo su relieve y que los agrandará indudablemente á los ojos de aquellos que aun tienen fe. Además, si hay en esto estupidez, ¿por qué no se ha de ocupar uno de las desgracias de la estupidez como se ocupa de las desgracias del genio? Aquélla es un elemento social infinitamente más abundante que éste. La señorita Cormón pecaba, pues, á los ojos del mundo por la divina ignorancia de los orígenes, y no era nada observadora, como lo probaba claramente su conducta con sus pretendientes. En este mismo momento, una joven de diez y seis años que no hubiera abierto aun ni una sola novela, habría leído cien capítulos de amor en las miradas de Atanasio, mientras que la señorita Cormón no veía nada en ellas y no reconocía en los

temblores de su palabra la fuerza de un sentimiento que no se atrevía á declararse. Como ella misma era vergonzosa, no adivinaba la vergüenza ajena, y aunque capaz de inventar los refinamientos de grandeza sentimental que la habían perdido en un principio, no los reconocía en Atanasio. Este fenómeno no parecerá extraordinario á las gentes que saben que las cualidades del corazón son tan independientes de las de la inteligencia, como las facultades del genio lo son de las noblezas del alma. Los hombres completos son tan raros, que Sócrates, que fué una de las perlas más hermosas de la humanidad, convenía con un frenólogo de su tiempo en que él había nacido para ser un malísimo sujeto. Un gran general puede salvar á su país en Zurich, y entenderse en cambio con los proveedores del ejército. Un banquero de probidad dudosa puede llegar á ser hombre de Estado. Un gran músico puede concebir cantos sublimes y falsificar una firma. Una mujer de sentimiento puede ser una gran necia. Finalmente, una devota puede tener un alma sublime y no reconocer los sonidos que produce un alma hermosa que está á su lado. Los caprichos producidos por las flaquezas físicas se encuentran igualmente en el orden moral. Esta buena criatura, que se desolaba ante la idea de hacer sus golosinas para ella y su anciano tío, había llegado á hacerse casi ridícula. Los que sentían simpatía por ella á causa de sus cualidades ó de sus defectos, se reían de sus matrimonios abortados, y en más de una conversación se llegó á preguntar qué llegaría á ser de tan hermosos bienes, de sus economías y de la herencia de su tío. Hacía ya algún tiempo que la reputaban de ser en el fondo, no obstante las apariencias, una *mujer original*. En provincias no se puede ser original, porque esto equivale á tener ideas incomprensibles para los demás, y allí se quiere la igualdad de talento, lo mismo que la igualdad de costumbres. El casamiento de la señorita Cormón se había convertido desde 1804 en una cosa tan problemática, que *casarse como la señorita Cormón*, fué en Alençon una frase proverbial que equivalía á la más burlesca de las negaciones. Preciso es que el espíritu burlón sea una de las necesidades más imperiosas de Francia, para que esta excelente persona fuese aún objeto de mofa en Alençon, toda vez que no sólo recibía á toda la villa y era caritativa, piadosa é incapaz de decir mal de nadie, sino que se ponía de acuerdo con el espíritu general y las costumbres de los

habitantes, los amaba como el símbolo más puro de su vida y había abrazado con entusiasmo las creencias, las preocupaciones y los hábitos de su país. Sin embargo de sus diez y ocho mil francos de renta, fortuna considerable en provincias, Rosa permanecía al unísono con las casas menos ricas, y cuando iba á su tierra de Prebaudet, lo hacía en una carroza vieja de junco, arrastrada por una mala yegua. Esta carroza, conocida de toda la villa, era cuidada por Jacobito con tanto cuidado como el cupé más hermoso de París, pues la señorita le tenía apego y se servía de ella hacía doce años. La mayor parte de los habitantes celebraban el hecho de que la señorita Cormón no les humillase con el lujo que podría gastar, y es de creer que si ella hubiese encargado una calesa á París, se hubieran comentado mucho más sus frustrados matrimonios. Por otra parte, el coche más hermoso de París no la conduciría á Prebaudet mejor que su vieja carroza, y los provincianos, que sólo miran el fin, se preocupan muy poco de la belleza de los medios, con tal que sean eficientes.

Para acabar la descripción de las costumbres íntimas de esta casa, es necesario agrupar en torno de la señorita Cormón y del abate Sponde á Jacobito, á Petra y á Marieta, la cocinera, que contribuían á la dicha material del tío y de la sobrina. Jacobito, hombre de cuarenta años, pequeño y regordete, encarnado, moreno y con cara de marinero bretón, estaba al servicio de la casa hacía veintidós años, servía á la mesa, cuidaba la yegua, cultivaba el jardín, limpiaba las botas del cura, hacía los recados, cortaba la leña, guiaba la carroza, iba á buscar avena, paja y heno á Prebaudet, permanecía en la antesala por las noches, dormido como un lirón, y, según se decía, quería á Petra, muchacha de treinta y seis años que hubiera sido despedida por la señorita Cormón si se hubiera casado. De suerte que estos dos pobres criados iban ahorrando sus salarios y se amaban en secreto, esperando y deseando el matrimonio de la señorita como esperan los judíos al Mesías. Petra, nacida entre Alençon y Mortagne, pequeña y gorda, era reputada de dirigir la casa, y su cara, que parecía un albaricoque, no carecía de gracia y de expresión. Petra y Jacobito, seguros de un desenlace, ocultaban una satisfacción que hacía presumir que estos dos amantes habían tomado á cuenta parte de su dicha. Marieta, la cocinera, que hacía también quince años que estaba en la

casa, sabía acomodar todos los platos más sabrosos del país.

Tal vez sería preciso contar también á la enorme yegua normanda que arrastraba á la señorita Cormón á su casa de campo de Prebaudet, pues los cinco habitantes de esta casa le tenían gran cariño á este animal, que se llamaba Penélope, que contaba diez y ocho años de servicios y que estaba tan bien cuidada y servida con tanta regularidad, que Jacobito y la señorita esperaban aún poderse servir de ella seis años más. Este animal era un perpetuo objeto de conversación y de ocupación, y parecía que la pobre señorita Cormón hubiese fijado en este afortunado ser el cariño que habría sentido por sus hijos. Penélope había impedido que la señorita tuviese canarios, gatos, perros y toda esa familia ficticia que suelen crearse los seres solitarios, en medio de la sociedad.

Estos cuatro fieles servidores, pues la inteligencia de Penélope había sido elevada hasta el punto de que la comparasen con la de aquellos buenos criados, mientras que la de estos había descendido á la regularidad muda y sumisa de la bestia, iban y venían todos los días y se entregaban á las mismas ocupaciones con la regularidad de un autómatas. La señorita Cormón, como todas las personas agitadas nerviosamente por un pensamiento fijo, se había vuelto impertinente y difícil, más bien que por carácter, por la necesidad de emplear en algo su utilidad, pues no pudiendo ocuparse de un marido, de hijos y de los cuidados que estos exigen, se fijaba en naderías, hablaba durante horas enteras de insignificancias y gruñía durante una hora porque había encontrado una docena de servilletas numeradas con la Z antes de otras que lo estaban con la O.

—Pero ¿en qué piensa Petra?—exclamaba.—Vaya, esta Petra no se ocupa de nada.

La señorita preguntaba ocho días seguidos si Penélope tenía ya el pienso á las dos, por el mero hecho de que Jacobito se había descuidado una sola vez. Su imaginación trabajaba en bagatelas. Una capa de polvo olvidada por el plumero, una rebanada de pan mal cortada por Marieta, la tardanza de Jacobito en ir á cerrar las ventanas en que daba el sol, cuyos rayos se comían los colores de los muebles, en una palabra, todas estas grandes insignificancias originaban graves riñas y eran causa de que la señorita se sulfurase atrozmente.

—¡Cómo! ¿todo está ya cambiado?—gritaba ella.—Mis

criados parecen otros. Es claro, soy demasiado buena, y los echo á perder.

Un día, Petra le dió el *Año cristiano*, en lugar de la *Quincena de Pascuas*, y por la noche toda la villa supo esta desgracia. La señorita se había visto obligada á volver de San Leonardo á su casa, y su salida repentina de la iglesia, donde había tenido que molestar á la gente, hizo suponer enormidades y le obligó á decir á sus amigas la causa de tal accidente.

—Petra, que no vuelva á ocurrir más esto—le había dicho cariñosamente.

Sin sospecharlo siquiera, la señorita Cormón experimentaba una gran satisfacción con estas pequeñas riñas, que servían de emuntorio á sus acrimonías. El espíritu tiene sus exigencias y necesita, como el cuerpo, su gimnasia. Estas desigualdades de humor fueron aceptadas por Petra y por Jacobito como lo son las intemperies de la atmósfera por el labrador, y aquellos tres infelices decían: *¡Hace buen tiempo! ó ¡Llueve!* sin acusar de ello al cielo. A veces, al encontrarse muy de mañana en la cocina, se preguntaban de qué humor se levantaría la señorita, como consulta el labriego las brumas de la aurora. En fin, que la señorita Cormón había acabado necesariamente por contemplarse á sí misma en los detalles más insignificantes de su vida. Ella y Dios, su confesor y sus coladas, sus golosinas, los oficios que tenía que oír y los cuidados de su tío habían absorbido por completo su débil inteligencia. Para ella, los átomos de la vida aumentaban en virtud de esa óptica propia de las gentes egoístas por naturaleza ó por casualidad. Su perfecta salud daba un valor enorme á la más ligera indisposición de su tubo digestivo, y, por otra parte, vivía bajo la férula de la medicina de nuestros antepasados y tomaba cuatro medicinas de precaución al año capaces de hacer reventar á Penélope, pero que á ella la rejuvenecían. Si Petra, al vestirla, observaba por casualidad que había salido algún grano en los omoplatos satinados aún de la señorita, el tal grano originaba minuciosas pesquisas acerca de los diferentes alimentos de la semana. ¡Y qué triunfo, si Petra recordaba á su ama una cierta liebre demasiado ardiente que debía ser la causa de aquel condenado grano. Con qué alegría decían ambas: «¡No hay duda, ha sido la liebre!»

—Marieta la había cargado demasiado de especias—pro-

seguía la señorita,—y por más que le digo siempre que haga las cosas dulces para mi tío y para mí, Marieta tiene menos memoria que...

—Que la liebre—decía Petra.

—Es verdad—respondía la señorita,—menos memoria que la liebre, tú lo has dicho.

Cuatro veces al año, al principio de cada estación, la señorita Cormón iba á pasar algunos días á su tierra de Prebaudet. Corría á la sazón el mes de mayo, época en que la señorita Cormón quería ver si sus manzanos habían *nevado* bien, palabra del país con que se expresa el efecto producido debajo de los árboles por la caída de sus flores. Cuando la masa circular de los pétalos caídos se parece á una capa de nieve, el propietario puede esperar una abundante cosecha de sidra. Al mismo tiempo que aforaba los toneles, la señorita Cormón veía las reparaciones que había que hacer y ordenaba las plantaciones de su huerta y de su jardín, de donde sacaba numerosas provisiones de frutos y flores. Cada estación tenía sus quehaceres diferentes. Antes de su partida, la señorita daba una comida de despedida á sus contentulios, no obstante sus intenciones de volver al cabo de tres semanas. Así es que la partida de la señorita Cormón era siempre un acontecimiento de resonancia en Alençon. Cuando esto ocurría, todo el mundo iba á verla, su sala de recepción se llenaba y todos le deseaban un buen viaje, como si hubiese de marcharse á Calcuta. Además, al día siguiente por la mañana los tenderos la esperaban en el umbral de sus puertas para decirle adiós, y pequeños y grandes miraban pasar la carroza y parecían comunicarse una grave nueva, diciéndose unos á otros:

—¡La señorita Cormón se va á Prebaudet!

Mas allá, uno decía:

—¡Esa sí que tiene el riñón bien cubierto!

Y un vecino le respondía:

—¡Eh! amigo mío, es una buena persona, y si los bienes cayesen siempre en manos semejantes, no habría un mendigo en el país.

—No me asombra que nuestros viñedos estén en flor, porque veo que la señorita Cormón se va á Prebaudet.

—¿Cómo es que no se casa?—decía otro.

—Yo me casaría con ella de buena gana—respondía un guasón.—El matrimonio estaría así medio hecho, porque se

contaría con el consentimiento de una de las partes; pero lo malo es que la otra no quiere. ¡Bah! al fin y al cabo, yo creo que alzaré con ella el señor de Bousquier.

—¡El señor de Bousquier! ¡si le ha dado calabazas!

Por la noche, en todas las reuniones se decía gravemente: *La señorita Cormón se ha marchado, ó bien: ¿Conque han dejado ustedes marchar á la señorita Cormón?*

Por efecto de la casualidad, el miércoles escogido por Susana para dar el escándalo era este miércoles de despedida, día en que la señorita Cormón se disponía á hacer su periódica excursión. De modo que durante la mañana habían pasado y se habían dicho cosas en la villa que comunicaban el más vivo interés á aquella reunión de despedida. La señora Gransón había ido ya á comunicar la nueva á diez casas distintas, mientras que la solterona deliberaba acerca de las previsiones del viaje, y el maligno caballero de Valois jugaba un *piquet* en casa de la señorita Armanda, hermana del anciano marqués de Esgrignon y reina del salón aristocrático.

Si interesaba á todos ver la cara que pondría el seductor durante la velada, cuanto más no interesaría al caballero y á la señora Gransón el saber cómo recibiría la señorita Cormón la noticia, en su doble calidad de mujer núbil y de presidenta de la Sociedad Materna. Respecto al inocente Bousquier, se paseaba por el Cours empezando á creer que Susana le había engañado y confirmando esta creencia con los principios que tenía acerca de la mujer.

En estos días de gala, la mesa de la señorita Cormón estaba puesta ya á eso de las tres y media. En aquel tiempo, el mundo elegante de ALENÇON comía á las cuatro como hora extraordinaria, pues generalmente, en tiempo del Imperio, se comía á las dos de la tarde, como antaño; pero se cenaba. Uno de los placeres que más saboreaba la señorita Cormón, placer que estaba basado indudablemente en el egoísmo, consistía en la indecible satisfacción que experimentaba al verse vestida como lo está el ama de una casa que va á recibir á sus convidados. Cuando se ponía en pie de guerra, un rayo de esperanza penetraba en las tinieblas de su corazón, una voz le decía que la naturaleza no la había dotado en vano tan abundantemente y que tal vez iba á presentarse algún hombre emprendedor. Su deseo se refrescaba, como se había refrescado su cuerpo; se contemplaba elegantemente vestida con una especie de embriaguez, y después continuaba

sintiendo esta satisfacción cuando bajaba para dirigir una última mirada al salón, al cuarto de labor y al gabinete. Rosa se paseaba por allí con la alegría sencilla del rico que piensa á cada paso que es rico y que nunca le faltará nada, contemplaba sus eternos muebles, sus antigüedades y sus lacas, y se decía que tan hermosas cosas necesitaban un amo. Después de haber admirado el comedor con su mesa oblonga cubierta de rico mantel y provista de una veintena de cubiertos colocados á distancias iguales; después de haber examinado el escuadrón de botellas que ella había indicado y que ostentaban todas acreditadas etiquetas, y después de haber examinado meticulosamente los nombres escritos en papellitos por la temblona mano del cura, único cuidado que éste se tomaba en la casa y que daba lugar á graves discusiones acerca del sitio que debía ocupar cada convidado, la señorita iba á unirse con su tío, el cual á aquella hora, que es la más bonita del día, se paseaba por la terraza á orillas del Brillante, escuchando el canto de los pájaros anidados en el cubierto sin temor á los cazadores ni á los chiquillos. Durante estas horas de espera, la heredera no se aproximaba nunca al abate Sponde sin hacerle algunas preguntas absurdas, á fin de arrastrar al buen anciano á una discusión que pudiera divertirle. Vamos á dar cuenta de esta particularidad, porque ella acabará de dar una idea exacta del carácter de esta buena mujer.

La señorita Cormón consideraba el hablar como un deber, no porque fuese charlatana, pues, desgraciadamente, tenía muy pocas ideas y muy poca imaginación para discurrir frases; pero creía cumplir así uno de los deberes sociales prescritos por la religión, que nos ordena ser amables con nuestro prójimo. Esta obligación le costaba tanto, que más de una vez había consultado acerca de este punto pueril con su director espiritual el abate Couturier. No obstante la humilde observación de su penitente, que le confesó la rudeza del trabajo interior á que se entregaba su espíritu para tener algo que decir, aquel anciano sacerdote, esclavo de la disciplina eclesiástica, le había leído todo un pasaje de San Francisco de Sales acerca de los deberes de la mujer de mundo y de la plácida alegría de los piadosos cristianos, que debían reservar su severidad para sí propios y mostrarse amables en sus cosas, sin aburrir nunca al prójimo. Penetrada por completo de sus deberes y deseando á toda costa

obedecer á su director, que le había encargado que hablase con amenidad, la pobre mujer, cuando veía que la conversación languidecía, sudaba de congoja buscando ideas para reanimar las discusiones, y entonces soltaba ideas raras como la siguiente: *Nadie puede estar á la vez en dos lugares, á menos que no sea pajarito*. Este dicho despertó un día una discusión acerca de la ubicuidad de los apóstoles, discusión de la cual no entendió ella una palabra. Esta clase de *salidas* le valió entre sus concurrentes el sobrenombre de *la buena señorita Cormón*. En boca de las personas inteligentes de la reunión, esta palabra quería decir que Rosa era ignorante como un ganso y un tanto estúpida; pero muchas personas de su misma talla tomaban el epíteto en su verdadero sentido y decían: «¡Oh! sí, la señorita Cormón es excelente.» A veces, la heredera hacía preguntas tan absurdas, siempre con el objeto de ser agradable á sus contertulios y cumplir sus deberes con el mundo, que el mundo reventaba de risa. Así, preguntaba lo que hacía el gobierno de los impuestos que recibía hacía tanto tiempo, y el por qué no había sido impresa la Biblia en tiempo de Jesucristo, toda vez que databa de Moisés. En una palabra, que pertenecía á la misma familia de aquel *country gentleman* que, oyendo hablar siempre de la posteridad en la Cámara de los Comunes, se levantó para hacer este *speech* que se hizo célebre: «Señores: siempre oigo hablar aquí de la posteridad, y quisiera saber lo que ha hecho esa potencia por Inglaterra». Cuando ocurría esto, el heroico caballero de Valois acudía en auxilio de la solterona con todas las fuerzas de su ocurrente diplomacia para evitar la sonrisa que cambiaban entre sí los implacables semi-sabios. El anciano hidalgo, que gustaba de enriquecer á las mujeres, atribuía ingenio á la señorita Cormón, defendiéndola para dójicamente, y muchas veces le guardaba tan bien la retirada, que parecía que la solterona no había dicho ninguna tontería. Rosa confesó sinceramente un día que no sabía la diferencia que había entre los bueyes y los toros. El ocurrente caballero contuvo las carcajadas respondiendo que los bueyes no pueden ser nunca más que tíos de los toros. Otra vez, oyendo hablar de la cría y de las dificultades que opone este comercio, conversación que surgía frecuentemente en un país donde existe la magnífica remonta del Pin. Rosa oyó que los caballos provenían de las montas, y preguntó *por qué no se hacían dos montas al año*. El caballero

atrajo hacia sí las risas diciendo que la cosa era posible, al oír lo cual los asistentes le escucharon, y el de Valois continuó:

—La falta proviene de los naturalistas, que no han sabido aún obligar á las yeguas á procrear en menos de once meses.

La pobre señorita Cormón sabía tanto lo que era una monta como de distinguir un buey de un toro. Pero el caballero de Valois servía á una ingrata, porque Rosa no comprendió nunca ninguno de sus caballerescos servicios, y al ver la conversación reanimada, no se creía tan tonta como pensaba. Por fin, llegó un día en que se encastilló en su ignorancia, y perdiendo el temor, Rosa tuvo un aplomo que daba á sus salidas algo de la solemnidad con que los ingleses efectúan sus tonterías patrióticas y que viene á ser algo así como la fatuidad de la estupidez. Al aproximarse á su tío con paso magistral, la señorita Cormón pensaba de antemano alguna pregunta para sacarle del silencio que la apenaba siempre, porque le creía aburrido.

—Tío—le dijo cogiéndose á su brazo y poniéndose alegremente á su lado (ésta era también una de sus ficciones, pues pensaba: «Si yo tuviese un marido, estaría así con él»),—tío, si todo ocurre aquí abajo por la voluntad de Dios, ¿hay siempre una razón de todo?

—Ciertamente que sí—le respondió gravemente el abate Sponde, que, como amaba á su sobrina, se dejaba siempre arrancar de sus meditaciones con una paciencia angelical.

—Entonces, yo quedo soltera porque Dios lo quiere.

—Sí, hija mía.

—Sin embargo, como nada me impide casarme mañana, su voluntad puede ser destruida por la mía.

—Eso sería verdad, si nosotros conociésemos la verdadera voluntad de Dios. No olvides, hija mía, que has puesto delante un *si*.

La pobre muchacha, que había esperado llevar á su tío á una discusión matrimonial mediante un argumento *ad omnipotentem*, quedó estupefacta; pero las personas cuya inteligencia es obtusa, siguen la terrible lógica de los niños, que consiste en ir de repuesta á pregunta y que resulta á veces sumamente incómoda.

—Pero, tío, Dios no ha hecho á las mujeres para que se queden solteras; sino que deben ser todas solteras ó todas

casadas, ya que encierra una verdadera injusticia la distribución de papeles.

—Hija mía—dijo el buen cura,—al hablar así, culpas a la Iglesia, que prescribe el celibato como el mejor medio para llegar á Dios.

—Pero, tío, si la Iglesia tiene razón y todo el mundo fuese católico, el género humano se acabaría.

—Rosa, tienes demasiado talento, y no se necesita tanto para ser feliz.

Semejante respuesta excitaba una sonrisa de satisfacción en los labios de la pobre soltera, y la confirmaba en buena opinión que ella empezaba á tener de sí misma. Y he aquí como el mundo, nuestros amigos y nuestros enemigos, son cómplices de nuestros defectos. En este momento la conversación fué interrumpida por la llegada sucesiva de los convidados. En estos días de aparato, esta escena los originaba pequeñas familiaridades entre los criados de casa y las personas invitadas. Así, Marieta decía al presidente de la Audiencia al verle pasar:

—¡Ah! señor Ronceret, he hecho unas coles con que nada más que por usted, pues la señorita sabe lo mucho que le gustan y me ha dicho: «No dejes de hacerlas, Marieta porque tenemos al señor presidente».

—¡Ah! esa buena señorita Cormón siempre es atenta y respondía el justiciero del país.—¿Y las has cocido en caldo, Marieta? Porque así están más ricas.

El presidente no dejaba nunca de entrar en la cocina para charlar un rato con Marieta, dirigir á las cocineras la mirada del gastrónomo y emitir su opinión acerca de ellas.

—Buenos días, señora—decía Petra á la señora Gransón.—La señorita ha pensado en usted, y tendrá un buen plato de pescado.

Respecto al caballero de Valois, solía decir á Marieta con el tono ligero del gran señor que se familiariza:

—Vamos á ver, maestra, á quien yo voy á dar la gran cruz: ¿hay algún buen plato para el que sea preciso responderse?

—Sí, sí, señor de Valois; hay una liebre enviada por el señor de Prebautet, que pesa catorce libras.

Bousquier no estaba invitado. La señorita Cormón, con el sistema que ya sabéis, trataba mal á este quincuagenario por quien sentía inexplicables simpatías ocultas en los pl

gues más profundos de su corazón. Aunque le había rechazado, á veces se arrepentía de ello, y tenía á la vez un presentimiento de que se casaría con él y un temor que le impedía desear este matrimonio. Su alma, estimulada por estas ideas, se preocupaba por Bousquier. Sin confesárselo á sí propia, Rosa se sentía atraída por las formas hercúleas del republicano. Aunque la señora Gransón y el caballero de Valois no se explicasen la contradicciones de la señorita Cormón, habían sorprendido en ella sencillas miradas cuya significación era bastante clara para que ambos procurasen desvanecer las esperanzas que aun conservaba el antiguo proveedor. Dos convidados cuyos quehaceres les excusaban se hacían esperar; el uno era el señor de Coudrai, registrador de hipotecas, y el otro el señor de Choissel, hombre de gran fortuna, antiguo intendente de la casa de Gordes y notario de la aristocracia, que le recibía siempre con la distinción á que era acreedor por sus virtudes. Cuando estos dos retrasados llegaron, Jacobito les dijo al ver que se encaminaban al salón:

—Están todos en el jardín.

Los estómagos estaban sin duda impacientes, porque al ver al registrador de hipotecas, uno de los hombres más amables de la villa y que no tenía más defecto que el haberse casado por interés con una vieja insoportable y el cometer enormes equívocos que él mismo era el primero en celebrar, se levantó el ligero run-run con que se acoge á los que se retrasan en casos semejantes. Esperando el aviso de ponerse á la mesa, los comensales se paseaban por la terraza á lo largo del Brillante, mirando las hierbas fluviales, el mosaico del cauce, los bonitos detalles de las casas construidas en la orilla opuesta, las galerías de madera, las ventanas de carcomidos marcos, el taller del carpintero, y, finalmente, todas esas miserias de los pueblecitos, miserias que, gracias á la vecindad de las aguas, de un sauce llorón, de las flores ó de un rosal, tienen no sé qué gracia digna de los paisajistas.

El caballero estudiaba todas las caras, pues había sabido que su jugarreta servía ya de pasto á todas las casas de la villa; pero nadie hablaba aún en voz alta de aquella grave noticia, de Susana y de Bousquier. Las gentes de provincia poseen en el mayor grado el arte de comentar los sucesos, y el momento de hablar de tan extraña aventura

no había llegado aún, y era preciso que todo el mundo se pusiere antes de acuerdo. Así que se decían al oído:

—¿No sabe usted?

—Sí.

—¿Bousquier?

—Y la hermosa Susana.

—¿Sabe algo la señorita Cormón?

—No.

—¡Ah!

Tal era el *piano* del chisme cuyo *rinforzando* iba á estallar tan pronto como se entrase en el primer plato. De pronto, el señor de Valois observó que la casa de la señora Gransón rebotaba alegría. ¿Sería originado esto por el afán de comenzar el concierto? Aunque semejante noticia fuese una especie de mina de oro en medio de la vida monótona de aquellas personas, el desconfiado y observador caballero creyó reconocer en aquella buena mujer la expresión de un sentimiento más intenso, algo así como la alegría causada por el triunfo de un interés personal.

Inmediatamente, se volvió para examinar á Atanasio, y lo sorprendió sumido en el silencio significativo de una concentración profunda. Casi en seguida, una mirada dirigida por el joven al talle de la señorita Cormón, que se parecía á dos timbales de regimiento, iluminó el alma del caballero permitiéndole entrever todo el pasado.

—¡Ah, diantre!—se dijo—¡qué hachazo estoy expuesto!

El señor de Valois se aproximó á la señorita Cormón para ofrecerle su brazo y acompañarla al comedor. La solterona tenía al caballero en gran consideración, porque su nombre y el lugar que ocupaba entre las constelaciones aristocráticas del departamento constituía el adorno más brillante de su salón. En su fuero interno, la señorita Cormón hacía ya doce años que deseaba ser la señora de Valois. Este nombre era como la rama que contenía como hojas la nobleza, la condición y las cualidades exteriores de un partido; pero si el caballero de Valois era el hombre escogido por el corazón, por la cabeza y por la ambición, aquella antigua ruina, aunque peinada como el San Juan de una procesión, asustaba á la señorita Cormón, que, si bien veía en él un hidalgo, no podía percibir el marido. La indiferencia afectada por el caballero en materia de matrimonio y, sobre todo, la pretendida pureza de sus costumbres en una casa llena de mucha-

chas jóvenes, hacía un daño enorme al señor de Valois, aunque él no lo creyese así. Este hidalgo, que había visto tan claro en la cuestión de la renta vitalicia, se engañaba en esto. Sin que la señorita Cormón se diese cuenta siquiera, sus pensamientos podían traducirse en esta frase: *¡Qué lástima que no sea un poco libertino!* Los observadores del corazón humano han notado la afición que tienen las devotas á los malos sujetos, asombrándose de este gusto que les parece opuesto á la virtud cristiana. En primer lugar, ¿qué mejor porvenir para la mujer virtuosa que el purificar, á la manera del carbón, las turbias aguas del vicio? ¿Pero cómo no se ha visto que esas nobles criaturas, reducidas por la rigidez de sus principios á no infringir nunca la fidelidad conyugal, tienen que desear naturalmente un marido de gran experiencia práctica? Los malos sujetos son grandes hombres en amar; de suerte que la pobre solterona gemía al encontrar su urna de elección rota en dos pedazos. Dios sólo podía soldar al caballero de Valois y á Bousquier. Para hacer comprender bien la importancia de las pocas palabras que el caballero y la señorita Cormón iban á decirse, es necesario exponer dos graves asuntos que se discutían en la villa, acerca de los cuales estaban las opiniones divididas y en los que Bousquier estaba mezclado. La una concernía al cura de Alençon, que había prestado juramento constitucional y que vencía á la sazón las repugnancias católicas desplegando las más altas virtudes. Este sacerdote fué un nuevo Cheverus tan apreciado, que á su muerte la villa entera lo lloró. La señorita Cormón y el abate Sponde pertenecían á esa pequeña Iglesia, sublime en su ortodoxia y que fué á la corte de Roma lo que los ultras iban á ser á Luis XVIII. El abate, sobre todo, no reconocía á la Iglesia que había transigido á la fuerza con los constitucionales. Este cura no era recibido en la casa Cormón, cuyas simpatías habían sido conquistadas por el capellán de San Leonardo, parroquia aristocrática de Alençon. Bousquier, aquel liberal furibundo oculto bajo la capa del realista, sabía lo mucho que convenía fomentar las discordias y había logrado agrupar las simpatías de la clase media en torno de este cura. He aquí ahora el segundo asunto. Por inspiración secreta de este grosero diplomático, nació en Alençon la idea de construir un teatro. Los seides de Bousquier no conocían á su Mahoma, y por lo tanto se mostraban más entusiastas creyendo defender su propia concepción.

Atanasio era uno de los partidarios más calurosos de la construcción de un teatro y hacía algunos días que pleiteaba en las oficinas de la alcaldía por esta causa, que había sido abrazada por todos los jóvenes del pueblo. El hidalgo ofreció el brazo á la solterona para pasear, y ella lo aceptó, aunque no sin darle las gracias con una mirada, á la que el caballero respondió señalándole á Atanasio con aire astuto.

—Señorita, usted que juzga con tan buen sentido las conveniencias sociales y que es parienta de ese joven...

—¡Oh! sí, pero muy lejana—dijo ella interrumpiéndole.

—¿No debería usted—dijo el caballero continuando—usar del ascendiente que tiene sobre su madre y sobre él para impedir que se pierda? Es ya poco religioso y se muestra partidario del juramentado. Pero esto no es nada. Lo más grave del caso es que marcha como un aturdido por la senda de la oposición, sin saber la influencia que su conducta puede ejercer en su porvenir; intriga para la construcción del teatro, y en este asunto es víctima de ese republicano disfrazado que se llama Bousquier.

—¡Dios mío! señor de Valois—respondió la solterona,—su madre dice que tiene talento, y por otra parte yo veo que no sabe decir palabra y que se queda plantado como una estaca delante de una.

—Que no piensa en nada—exclamó el registrador de hipotecas.—Lo he cogido al vuelo. Tengo el gusto de saludar al caballero de Valois—añadió inclinándose ante el hidalgo con esa énfasis atribuida por Enrique Monnier á José Prud'hom, admirable tipo de la clase á que pertenecía el registrador.

El señor de Valois le contestó con el saludo seco y protector del noble que se mantiene á cierta distancia, y después remolcó á la señorita Cormón hacia unos tiestos de flores un poco apartados, á fin de hacer comprender al interruptor que no deseaba ser espionado.

—¿Cómo quiere usted que los jóvenes educados en esos liceos imperiales tengan ideas?—dijo el caballero en voz baja y al oído á la señorita Cormón.—Las grandes ideas y los hermosos amores nacen de las buenas costumbres y de los nobles hábitos. Viéndole, se adivina fácilmente que ese pobre muchacho llegará á embrutecerse por completo y morirá tristemente. ¡Véalo usted qué pálido y qué desencajado está!

—Su madre afirma que trabaja demasiado—respondió

inocentemente la solterona,—que se pasa las noches leyendo y escribiendo... Pero, dígame usted, ¿qué porvenir puede procurar á un joven el escribir durante la noche?

—¡Es claro! eso lo agota—repuso el caballero procurando fijar la mente de su amada en el terreno donde esperaba inspirarle horror hacia Atanasio.—Las costumbres de esos liceos imperiales eran verdaderamente horribles.

—¡Oh! sí—dijo la ingenua señorita Cormón.—¿No los llevaban á pasear con una banda de tambores á la cabeza? Sus maestros no tenían más religión que los paganos, y vestían á esos pobres muchachos de uniforme, enteramente lo mismo que si fueran soldados.

—Sí; y ahí tiene usted lo que son sus productos—dijo el caballero señalando á Atanasio.—En mi tiempo, nunca se hubiera avergonzado un joven de mirar á una mujer bonita. ¡Y él baja los ojos cuando la ve á usted! Ese joven me asusta porque me interesa. Dígale usted que no intrigue con los bonapartistas como lo hace en pro de ese teatro, pues cuando esos jóvenes dejen de pedirlo insurreccionalmente, la autoridad lo construirá. Además, dígale usted á su madre que vele por él.

—¡Oh! estoy segura de que en lo sucesivo le impedirá que se roce con esa gentuza—dijo la señorita Cormón.—Voy á hablarle en seguida, porque podría perder el destino que tiene en el Ayuntamiento, y entonces, ¿de qué vivirían él y su madre? Sólo el pensarlo me hace temblar.

Como decía el señor de Talleyrand de su mujer, el caballero se dijo para sus adentros mirando á la señorita Cormón:

—¿Dónde encontrar otra más tonta? ¡A fe de noble, que la virtud que así quita la inteligencia, no es más que un vicio! Pero ¡qué adorable mujer para un hombre de mi edad! ¡qué principios! ¡qué ignorancia!

Tened en cuenta que este monólogo, dirigido á la princesa Goritzka, lo hizo el caballero de Valois al mismo tiempo que se preparaba una toma de rapé.

La señora Gransón había adivinado que el caballero hablaba de Atanasio, é impaciente por conocer el resultado de aquella conversación, siguió á la señorita Cormón, que se dirigía hacia el joven; pero en este momento Jacobito se presentó á anunciar que la mesa estaba puesta, y la solterona llamó entonces al caballero con una mirada. El galante registrador de hipotecas, que empezaba á ver en los modales del

hidalgo la barrera que los nobles de provincias levantaban por entonces entre ellos y la burguesía, aprovechó la ocasión que tenía de molestar al caballero, y presentando su brazo á la señorita Cormón, que estaba cerca de él, la condujo al comedor. El caballero se apresuró por política á ofrecer el suyo á la señora Gransón.

—La señorita Cormón—le dijo el caballero, que marchaba con lentitud después de todos los convidados—tiene un gran interés por su querido Atanasio; pero este interés está debilitado por las faltas del hijo de usted, que es irreligioso, liberal, intriga por ese teatro, se junta con los bonapartistas y se interesa por el cura constitucional. Esta conducta puede hacerle perder su destino en el ayuntamiento. Ya sabe usted el gran cuidado que tiene el gobierno del rey en librarse de ciertos elementos; y ¿dónde encontraría un empleo Atanasio después de destituido?

—Señor caballero, quedo á usted sumamente agradecida—dijo la pobre madre asustada.—Tiene usted razón, mi hijo es juguete de algún intrigante, y ya me cuidaré yo de advertírselo.

Con una sola mirada el caballero había penetrado hacía ya tiempo la naturaleza de Atanasio, y había reconocido en él al elemento poco maleable de las convicciones republicanas que con tanto ardor abraza la juventud. Enamorados de esa palabra *libertad* tan mal definida, pero que, para las gentes desdeñadas, es una bandera de revolución, ciertos hombres la aceptan siempre, ya que para ellos la revolución es la venganza. Atanasio debía persistir en su fe, ya que sus opiniones estaban tejidas con sus dolores de artista y con sus amargas contemplaciones del estado social. El ignoraba que á los treinta y seis años, época en que el hombre ha juzgado á los hombres, á las relaciones y á los intereses sociales, las opiniones, por las que ha sacrificado uno su porvenir, tienen que modificarse en todos los hombres verdaderamente superiores. Permanecer fiel á la extrema izquierda de Alençon era ganar la aversión de la señorita Cormón, y en esto el caballero no se engañaba. Así es que aquella sociedad tan apacible aparentemente, estaba tan intestinamente agitada, como pueden estarlo los círculos diplomáticos, donde la astucia, la habilidad, las pasiones y los intereses se agrupan en torno de las cuestiones más graves entre imperio é imperio.

Los convidados rodearon, al fin, aquella mesa cargada de provisiones, y todo el mundo comía como se come en provincias, sin vergüenza de tener apetito, y no como en París, donde parece que las mandíbulas se mueven sujetas á leyes contrarias que se toman el trabajo de desmentir las leyes de la anatomía. En París se come con las puntas de los dedos y parece que se escamotea el placer; mientras que en provincias las cosas pasan naturalmente y la existencia se concentra tal vez demasiado en ese medio grande y universal de existencia á que Dios ha condenado á sus criaturas.

Al final del primer plato fué cuando la señorita Cormón tuvo la más célebre de sus *salidas*, y decimos la más célebre porque se habló de ello más de dos años y la cosa se cuenta aún en las reuniones del vecindario de Alençon cuando se habla de su matrimonio. La conversación, que pasó á ser muy movida y animada en el momento en que se atacaba al último plato, versó, como era natural, acerca del cura juramentado y de la cuestión del teatro. Llevados del primer fervor por el realismo, aquellos que más tarde recibieron el nombre de jesuitas del país, querían expulsar al abate Francisco de su curato, y Bousquier, reputado por el señor de Valois de ser el sostén de este sacerdote y el promovedor de esta intriga, era allí acusado sin abogado que le defendiese. Atanasio, único convidado que tenía franqueza suficiente para apoyar á Bousquier, no se encontraba en situación de emitir sus ideas delante de aquellos potentados de Alençon, que, por otra parte, le parecían estúpidos. Los jóvenes de provincias, son los únicos que guardan cierta actitud respetuosa delante de las gentes de cierta edad, sin atreverse tampoco nunca á contradecirles con energía. La conversación, atenuada por los efectos de un delicioso pato con aceitunas, languideció, y la señorita Cormón, deseosa de luchar contra sus patos, quiso defender á Bousquier al ver que lo calificaban de pernicioso é intrigante artesano, capaz de *batir montañas*.

—Yo creía que el señor de Bousquier no se cuidaba más que de niñerías—dijo ella.

En las circunstancias presentes, esta frase tuvo un éxito prodigioso. La señorita Cormón obtuvo un gran triunfo: hizo caer á la princesa Goritza de narices contra la mesa. El caballero, que no esperaba una salida ingeniosa de su dulcinea, quedó tan maravillado, que en principio no encontró bastan-

tes palabras para elogiarla y la aplaudió sin ruido, como se aplaude en los Italianos, ó sea simulando un aplauso con la punta de los dedos.

—¡Es admirablemente ingeniosa!—dijo el caballero á la señora Gransón.

—¡Oh! tratada íntimamente es encantadora—respondió la viuda.

—Señora, íntimamente todas las mujeres tienen gracia—repuso el caballero.

Una vez apaciguada esta risa homérica, la señora Cormón preguntó la razón de su éxito, y entonces comenzó el chisme á toda orquesta. Bousquier fué presentado como un indigno solterón, como un monstruo que hacía quince años que llenaba por sí sólo la inclusa; ¡la inmoralidad de sus costumbres se revelaba al fin y era ciertamente digna de sus saturnales parisienses! etc., etc. Dirigida por el caballero de Valois, que era en este género el director de orquesta más hábil del mundo, la overtura de la murmuración fué magnífica.

—Yo no sé por qué un Bousquier no se ha de poder casar con una señorita Susana... *no sé qué*, ¿cómo la llaman ustedes? ¿Susete?—dijo el caballero de Valois afectando indiferencia.—Aunque vivo en casa de la señora Lardot, no conozco á esa muchacha más que de vista. Si esa Susana es una muchacha alta y guapa, de ojos grises, pie pequeño y hermoso talle, pero cuyo andar me ha parecido muy insolente, es muy superior en modales á Bousquier. Además, Susana tiene la nobleza de la belleza, y desde ese punto de vista ese matrimonio sería para ella un mal enlace. Ya saben ustedes que el emperador José tuvo la curiosidad de ver á Luciana, la Du Barry, y que como al ofrecerle el brazo titubease en aceptarlo por creerlo excesivo honor para ella, el emperador le dijo: «La belleza será siempre reina». Noten ustedes que esto fué dicho por un alemán de Austria—añadió el caballero.—Pero, créanme ustedes, la Alemania, que pasa aquí por ser nación muy rústica, es un país de noble caballería y de hermosos modales, sobre todo en Polonia y Hungría, donde se encuentran...

Al llegar á este punto de su relato, el caballero se detuvo, temiendo caer en una alusión á su dicha personal; tomó lentamente su tabaquera y confió el resto de su anécdota á la princesa, que le sonreía hacia treinta y seis años.

—Era frase muy delicada para Luis XV—dijo Ronceret.

—¡Pero si creo que se hablaba del emperador José!—repuso la señorita Cormón con aire sabihondo.

—Señorita—dijo el caballero al ver al presidente, al notario y al registrador cambiando miradas maliciosas,—la señora Du Barry era la Susana de Luis XV, y esta circunstancia, que es demasiado conocida por los malos sujetos como nosotros, no debe ser sabida por las jóvenes. Su ignorancia prueba que es usted un diamante sin tacha y que ni siquiera le alcanzan las corrupciones históricas.

El abate Sponde miró cariñosamente al caballero de Valois é inclinó la cabeza en señal de aprobación.

—¿No conoce la historia la señorita?—preguntó el registrador.

—¿Cómo quieren ustedes que yo sepa su historia, si mezclan á Luis XV y á Susana?—respondió angelicalmente la señorita Cormón, satisfecha de ver vacías las fuentes de los patos y la conversación tan reanimada, que al oír esta última frase todos los convidados reían á mandíbula batiente.

—¡Pobrecilla!—dijo el abate Sponde.—Cuando ocurre una desgracia, la caridad, que es un amor divino tan ciego como el amor pagano, no debe indagar la causa. Sobrina, tú eres presidenta de la Sociedad Materna, y hay que socorrer á esa muchacha, que difícilmente encontrará marido.

—¡Pobrecilla!—dijo la señorita Cormón.

—¿Creen ustedes que Bousquier se casará con ella?—preguntó el presidente de audiencia.

—Si fuese hombre honrado, debería hacerlo—dijo la señora Gransón.—Pero, á decir verdad, creo que mi perro tiene costumbres más decentes.

A los postres se volvió á tratar de Bousquier, el cual dió lugar á mil lindezas que el vino contribuyó á hacer fulminantes. Impulsados por el registrador, cada uno respondía á un equivoco con otro. Así, Bousquier era *un padre severo*, —*un padre villano*, —*un padre silbado*, —*un padre verde*, —*un padre redondo*, —*un padre debido*, —*un padre sicario*; —no era *ni padre*, *ni alcalde*, *ni reverendo padre*, ni era tampoco *padre conscrito*.

—Tampoco es un *padre nutricio*—dijo el abate Sponde con una gravedad que contuvo las risas.

—Ni un *padre noble*—repuso el caballero de Valois.

La Iglesia y la nobleza habían descendido al terreno del equivoco, conservando toda su dignidad.

—¡Silencio!—dijo el registrador de hipotecas—porque oigo chillar las botas de Bousquier.

Ocurre casi siempre que el hombre ignora los rumores que corren acerca de él, y que una villa entera le calumnia y le tiraniza sin que él sepa nada, si no tiene amigos. Ahora bien, el inocente Bousquier, que pretendía ser culpable y deseaba que Susana no hubiese mentido, no supo nada acerca de cuanto de él se decía, nadie le habló de las revelaciones de Susana y todo el mundo juzgaba inconveniente interrogarle acerca de uno de esos asuntos en que el interesado posee á veces secretos que le obligan á guardar silencio. Bousquier se presentó, pues, muy insinuante y un tanto infatuado cuando la reunión se trasladó á tomar café del comedor al salón, donde había ya algunas personas que iban á pasar la velada. Llena de vergüenza, la señorita Cormón no se atrevió á mirar siquiera al terrible seductor, y se había apoderado de Atanasio, al cual moralizaba haciéndole extrañas consideraciones sobre la moral realista y la moral religiosa, y como el pobre poeta no poseía, como el caballero de Valois, una tabaquera adornada de una princesa para recibir con calma aquellas duchas de necedades, escuchaba con aire estúpido á la que adoraba, contemplando su monstruoso cuerpo, que conservaba ese reposo absoluto, atributo de las grandes masas. Sus deseos le producían una especie de embriaguez que cambiaban la vocecita clara de la solterona en dulce murmullo, y sus vulgares ideas en palabras llenas de ingenio.

El amor es un monedero falso que cambia continuamente las monedas de cobre en luises de oro y que convierte también á veces los luises de oro en cobre.

—Conque ¿me lo promete usted, Atanasio?

Esta frase final hirió los oídos del feliz joven á la manera de esos sonidos que le despiertan á uno asustado.

—¿Qué, señorita?—le respondió.

La señorita Cormón se levantó bruscamente mirando á Bousquier, el cual se parecía en este momento á ese gran Dios de la fábula que la República ponía en sus escudos avanzó hacia la señora Gransón y le dijo al oído:

—Amiga mía, su hijo es idiota. El liceo le ha perdido—añadió acordándose de la insistencia con que el caballero de Valois había hablado de la mala educación de los liceos.

¡Qué rayo! Sin saberlo, el pobre Atanasio había tenido

ocasión de comunicar su amor á la solterona, y si la hubiese escuchado, hubiera podido hacerle comprender su pasión, pues en la situación en que se encontraba la señorita Cormón, una sola palabra hubiera bastado; pero esa estúpida avidez que caracteriza al amor joven y verdadero le había perdido.

—Pero ¿qué le has dicho á la señorita Cormón?—le preguntó la señora Gransón á su hijo.

—Nada.

—¿Nada? En fin, mañana lo sabré todo—le dijo dejando para el día siguiente los asuntos serios y dando poca importancia á aquellas palabras, ya que creía perdido á Bousquier en el concepto de la solterona.

Las cuatro mesas de juego no tardaron en estar rodeadas por diez y seis jugadores, y cuatro personas jugaron al *piquet*, que es juego muy entretenido y en el cual se puede perder mucho dinero. El señor Choissel, fiscal de la Audiencia, y dos damas, se fueron á jugar un chaquete al cuarto de las lacas rojas, se encendieron los candelabros, y después la flor de la sociedad de la señorita Cormón fué á solazarse delante de la chimenea en las poltronas y en torno de las mesas, luego que cada nueva pareja que llegaba iba diciendo á la señorita Cormón:

—¿Conque se marcha usted mañana á Prebaudet?

—¿Qué remedio me queda?—respondía ella.

Generalmente, la dueña de la casa pareció preocupada. La señora Gransón fué la primera en echar de ver el estado poco natural en que se encontraba la solterona: la señorita Cormón pensaba.

—¿En qué piensa usted?—le dijo por fin aprovechando un momento en que quedaron solas.

—Pienso en esa pobre muchacha, y como soy presidenta de la Sociedad Materna, voy á entregarle á usted diez escudos.

—¡Diez escudos!—exclamó la señora Gransón.—¡Pero si nunca ha dado usted tanto!

—Sí, pero ¿qué quiere usted? ¿me parece tan natural tener hijos!

Esta frase inmoral, salida del corazón, dejó estupefacta á la tesorera de la Sociedad Materna. Era evidente que Bousquier había crecido en el concepto de la señorita Cormón.

—A decir verdad, Bousquier no sólo es un monstruo,